BONIFACIO Y EL ÁRBOL NAVIDEÑO

2º - 5º

Bajo el cielo de una aldea lejana,
un roble viejo de sombra muy larga,
guardaba un secreto de sangre y de horror.

Mas llegó un monje con voz soberana,
y alzó su hacha con fuerza lozana
para defender la vida y honor.

Derriba al gigante, la luz se derrama,
y un pequeño abeto responde a la llama
de un nuevo mensaje de paz y de bien.
Sus hojas son verdes, su copa reclama
la altura del cielo, su nombre proclama
que hay un anhelo que nunca se va.

"*Mirad este árbol de verde bravura*",
dijo Bonifacio con fe y con cordura,
"*que en medio del hielo no sabe morir*.
Es signo de vida, de amor que perdura,
de un Dios que se acerca a toda criatura
y en brazos de un Niño se deja servir.

No habrá más altares de sangre y quebranto,
sino en vuestros hogares, un cálido manto
de velas, manzanas, de luz y de don.
Será el Árbol-Niño, y su dulce canto
será la promesa que ahuyente el espanto
y llene de gracia la noche, de canción".

Hoy sigue en pie la lección de aquel día:
la conífera erguida, serena y sombría,
nos habla de un tiempo que no morirá.
Su triángulo apunta a la lejanía,
su verde recuerda la eterna alegría
del Amor que en la sombra jamás cesará.

Y cuando en el mundo la noche se cierra,
y el frío parece cubrir la ancha la tierra,
el Árbol nos grita con obstinación:
que en medio del frío la vida se aferra,
que en medio del miedo la paz se destierra,
y que en cada invierno renace el corazón.

Wilfried von Neudstadt

La leyenda de San Bonifacio

Corría el siglo VIII. La Europa central, la vasta región que hoy llamamos Alemania, era todavía una tierra de bosques infinitos, nieblas espesas y dioses antiguos. Las tribus germánicas que habitaban aquellas tierras —los Francos, los Sajones, los Turingios, los Hesos— no habían abrazado aún la fe cristiana. Veneraban a Wotan, el dios de la sabiduría y la guerra; a Freya, la diosa del amor y la fertilidad; y sobre todo a **Thor**, el dios del trueno, el protector de los Hombres y de las cosechas. Su símbolo era el martillo, y su árbol sagrado era el roble, la especie más robusta y longeva de los bosques germanos.

En la aldea de Geismar, en la región de Hesse, se erguía un roble colosal que los siglos habían convertido en leyenda. Los lugareños lo llamaban el "***Roble del Trueno***" (*Donnereiche*). Su tronco era tan ancho que se necesitaban varios hombres para abarcarlo con los brazos extendidos; sus raíces se hundían en la tierra como garras de un monstruo dormido; sus ramas, desnudas en invierno, se alzaban hacia el cielo como una catedral vegetal. Bajo su sombra se celebraban los ritos del solsticio, se invocaba la lluvia, se agradecía la cosecha. Y en las noches más frías del año, cuando el sol parecía morir y la oscuridad amenazaba con no terminar jamás, se ofrecían sacrificios sobre un altar de piedra a sus pies. Algunos relatos hablan de animales; otros, más oscuros, hablan de sangre humana.

Al otro lado del mar, en el reino de Wessex, en la Inglaterra sajona, había nacido un hombre llamado Winfrido. Desde muy joven había sentido la llamada de la fe y había ingresado en un monasterio benedictino, donde recibió el nombre de **Bonifacio**, que significa "*el que hace el bien*". Era un hombre de mediana edad cuando, movido por un celo inextinguible, decidió cruzar el canal y adentrarse en las tierras paganas del continente para predicar el Evangelio.

No era un hombre de armas. No llevaba ejército ni séquito de soldados. Su única arma era la palabra. Su única defensa, una fe inquebrantable. Durante años recorrió bosques y aldeas, fundó monasterios, bautizó a miles de conversos, corrigió abusos, escribió cartas a papas y reyes. Se ganó el respeto de los poderosos y el cariño de los humildes. Pero en su corazón ardía una misión pendiente: la conversión de los Hesos, el pueblo que aún se aferraba con más fuerza a los antiguos ritos.

Cuenta la tradición que Bonifacio llegó a Geismar en vísperas de una de las grandes festividades paganas. El invierno había sido duro, los animales morían de frío y el hambre acechaba. Los sacerdotes del Roble del Trueno habían convocado a todo el pueblo para un sacrificio solemne: querían aplacar la ira de los dioses y asegurar el regreso del sol. Y esta vez, según algunas versiones de la leyenda, el sacrificio sería humano: un joven noble llamado Asulf, hijo de un caudillo local, había sido elegido para ser ofrecido sobre el altar de piedra.

Bonifacio llegó al claro del bosque cuando la ceremonia estaba a punto de comenzar. Vio al joven atado, vio el cuchillo del sacerdote levantado, vio la multitud expectante. Y no lo dudó un instante. Se abrió paso entre la gente, se plantó frente al altar y, con una voz que retumbó por encima del murmullo, proclamó que el Dios verdadero no deseaba la sangre de los Hombres, sino sus corazones.

Los paganos se quedaron atónitos. Un extranjero, un monje sin armas, osaba interrumpir su rito más sagrado. El sacerdote lo miró con desprecio y le ordenó apartarse. Bonifacio no se movió. Entonces, uno de los presentes le gritó:

> *-"¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué no lo invocas?*
> *¡Que caiga el trueno de Thor sobre ti si es tan poderoso!".*

Fue entonces cuando Bonifacio, según el relato, tomó un hacha de las manos de un leñador que había entre la multitud. La levantó con ambas manos. Y con todas sus fuerzas, la descargó sobre el tronco del Roble del Trueno. El golpe resonó como un trueno en el silencio del bosque. La multitud contuvo la respiración, esperando que un rayo partiera el cielo y redujera al monje a cenizas. Pero no ocurrió nada. Bonifacio volvió a golpear. Y otra vez. Y otra. El hacha mordía la madera vieja, y el gran roble empezó a crujir.

Y entonces, según la leyenda, sucedió lo prodigioso. Un viento repentino y huracanado barrió el claro del bosque. Los presentes juraron después que no era un viento natural, sino un soplo que venía de lo alto. El gran roble, herido de muerte, se inclinó, crujió, y finalmente se desplomó con un estruendo que hizo temblar la tierra. Al caer, el tronco se partió en cuatro grandes trozos, como si una mano invisible lo hubiera dividido con precisión. Las ramas se desgajaron, las raíces quedaron al aire, y sobre el suelo yacía, inerte, el árbol que durante siglos había sido el corazón del bosque y el orgullo del pueblo.

Para los paganos, aquello fue una señal inequívoca. Sus dioses no habían defendido su árbol sagrado. Thor no había lanzado su martillo. El Dios de Bonifacio era más poderoso. Muchos cayeron de rodillas, otros huyeron despavoridos, y algunos, según cuenta la tradición, pidieron el bautismo allí mismo, sobre la tierra removida por la caída del gigante.

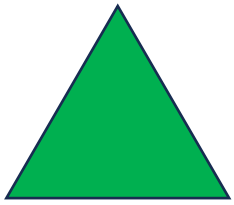
Pero Bonifacio no quería dejar un vacío. Sabía que un pueblo sin símbolos es un pueblo sin memoria, y que la fe nueva necesitaba imágenes nuevas. Mientras la multitud contemplaba el roble caído, el monje miró a su alrededor y vio, justo detrás del tocón, un pequeño abeto que había crecido a la sombra del gran roble. Era joven, esbelto, de un verde intenso. Había sobrevivido al invierno sin perder una sola hoja. Bonifacio lo señaló con el dedo y, con voz serena pero firme, pronunció las palabras que la tradición ha conservado:

> -"*Este pequeño árbol, un joven hijo del bosque, será esta noche un árbol sagrado. Es la madera de la paz, porque sus hojas son siempre verdes. Es el signo de una vida sin fin. Mirad cómo apunta hacia el cielo. Que esto se llame el* ***Árbol del Niño Cristo****. Reuníos sobre él, no en el bosque salvaje, sino en vuestros propios hogares. Allí no albergará obras de sangre, sino regalos amorosos y ritos de bondad."*

Y entonces, según el relato, Bonifacio tomó los cuatro trozos del roble caído y con ellos mandó construir una pequeña capilla en el mismo lugar donde el árbol había estado. Así, el símbolo del poder antiguo se convirtió en el fundamento del templo nuevo. La madera del roble sirvió para levantar un altar; el abeto, en cambio, quedó en pie, como un testigo vivo, como un faro verde en medio del invierno.

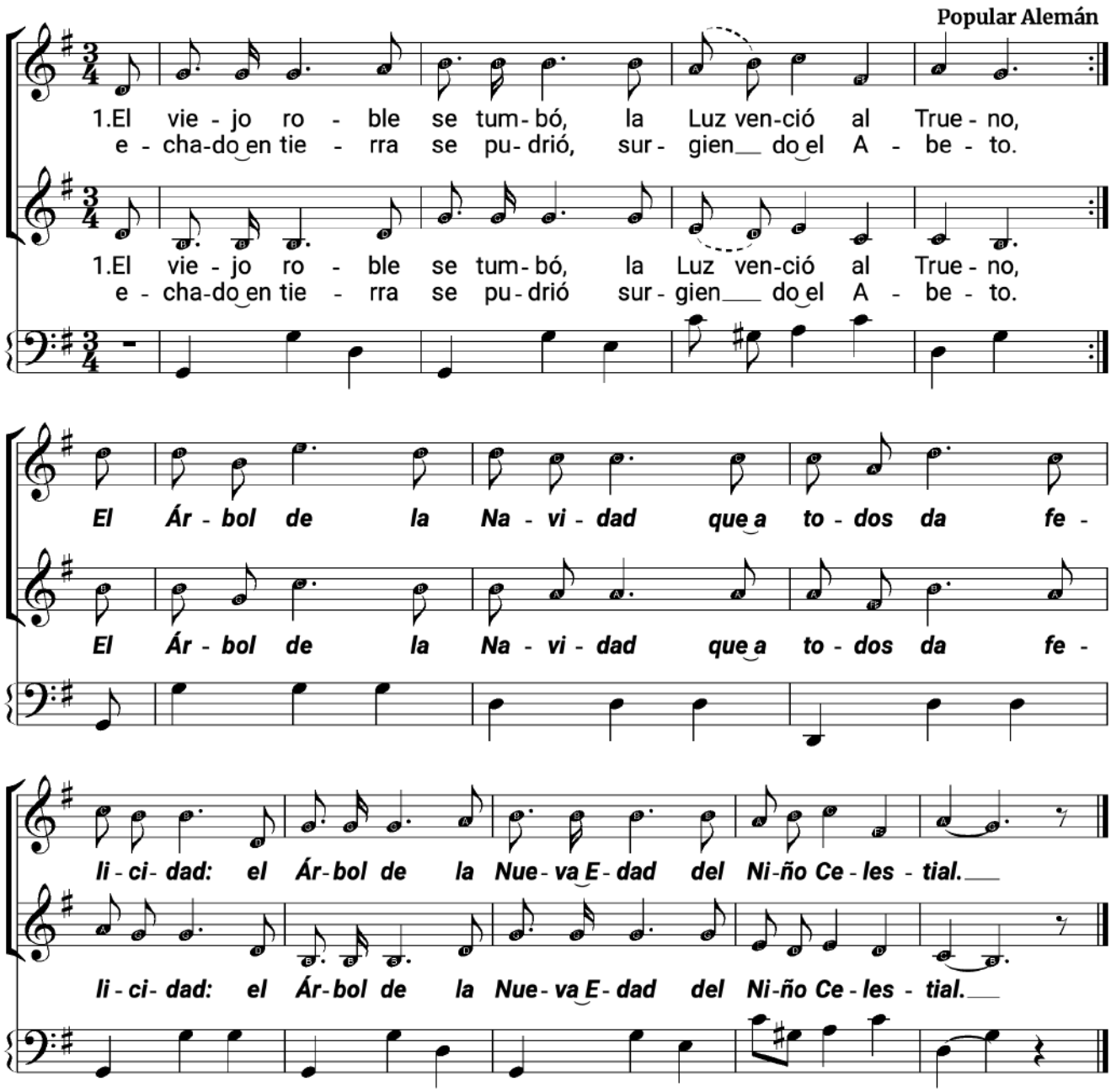
A partir de entonces, la tradición se extendió como una semilla al viento. Los conversos comenzaron a adornar el abeto con manzanas, que recordaban el fruto del árbol del Paraíso y la caída del Hombre; con velas, que representaban la luz de Cristo, la luz de Dios brillando en la oscuridad del mundo; y con panes y dulces, que simbolizaban la abundancia y la generosidad.

Su forma triangular fue asociada por los primeros cristianos con el misterio de la Santísima Trinidad: tres lados, tres personas, un solo Dios.



En la Edad Media, las representaciones teatrales navideñas —los llamados "*Autos o Misterios*"— popularizaron el "*Árbol del Paraíso*", un abeto decorado con manzanas rojas que representaba el árbol del Edén. Con el tiempo, las manzanas se sustituyeron por bolas de colores, las velas por luces eléctricas, y el árbol se trasladó del bosque y la iglesia al centro del hogar, donde se convirtió en el corazón de la Navidad.

Pero la esencia permanece. Cada vez que encendemos las luces de un abeto en diciembre, estamos recordando, quizá sin saberlo, aquel día en que un monje valiente derribó un roble y señaló un pequeño árbol verde como símbolo de una vida que no se marchita, de una paz que no se acaba, de una luz que brilla en la oscuridad y que las tinieblas no han podido vencer.



https://ideaswaldorf.com/bonifacio-y-el-arbol-navideno/